



El Saurín informativo

Boletín

Octubre 2014, No. 1 Extra



¿Qué pasó, en pocas palabras, en Guerrero con los normalistas de Ayotzinapa?

El viernes 26 de septiembre del 2014, mientras los estudiantes de la Escuela Normal Rural "Raúl Isidro Burgos" de Ayotzinapa estaban en Iguala realizando acciones para poder participar en la marcha conmemorativa del 2 de octubre (boteando y negociando camiones), fueron atacados por la policía local.

El resultado de estas agresiones fue de seis personas asesinadas, veinte heridas y 43 estudiantes desaparecidos. Han pasado más de medio mes, y aún se desconoce el paradero de los 43 normalistas.

Sin pedirles que detuvieran su camino, policías municipales rafaguearon a los estudiantes y, una hora después, cuando algunos estudiantes y maestros estaban haciendo la denuncia ante los medios; otra vez balacearon a quienes estaban ahí. Entre las personas que fueron asesinadas, se encuentran tres estudiantes normalistas, el chofer de un camión, un menor que jugaba en el equipo de fútbol Avispones y una mujer que viajaba en un taxi.

Antecedentes

Las normales rurales fueron fundadas por el expresidente de México Lázaro Cárdenas, y tenían el objetivo de que las y los hijos de campesinos pudieran tener estudios universitarios y a su vez, enseñar a sus propios pueblos a leer. Desde entonces a la fecha, los gobiernos han hecho todo para desaparecerlas. Todo lo que hay en esas normales, y sobre todo en la de Ayotzinapa, es gracias a la lucha de los estudiantes. Ellos también tienen en sus manos la administración de la Normal.

De entre los estudiantes reprimidos brutalmente están dos oaxaqueños: Edgar Andrés Vargas, de 19 años, quien es originario de San Francisco del Mar y está lesionado y Antonio Colón García, de 18 años, originario de Tlacolula, quien está desaparecido.

Narración extensa de los hechos¹



El 26 de septiembre del 2014 a las 6 de la tarde, normalistas de primer año de Ayotzinapa salieron de su escuela en dos autobuses hacia Iguala, iban a cerrar el trato que apalabraron con dos choferes que manejaba unos Costa Line: figurar por la fuerza la toma de autobuses, y los conductores fingir vehemencia. Así consiguieron días antes los Estrella de Oro que los transportaron a Iguala.

“Existe un acuerdo tácito de colaboración entre los choferes de los autobuses y normalistas en cada movilización. Los choferes cuidan las unidades de sus empresas y toman un descanso, y normalistas se valen de ellas para ir a cuan lugar trazaron en su plan de acción”: Frase de un chofer.

Los dos autobuses que tomarían en Iguala estaban contemplados por la dirigencia estudiantil para trasladar a los estudiantes de segundo y tercer año el lunes 29 de septiembre de 2014 a la Costa Chica y Costa Grande de Guerrero, sedes de sus observaciones y prácticas docentes. El jueves, en esos mismos autobuses, una comisión iría a la marcha de la ciudad de México por la conmemoración del 2 de octubre de 1968, cuando masacraron estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas.

Los hechos

Llamaremos Ayotzi a un normalista de nuevo ingreso que vivió el estallido de violencia en Iguala, la noche del 26 y la madrugada del 27 de 2014. El relato de Ayotzi marca que llegaron los normalistas a un costado de calle Galeana, entre 8 y 8:30 de la noche.

El paso por esa calle estrecha que conecta con Álvarez y al final, con Periférico Norte, era lento. En la esquina con Mina, salieron dos patrullas de la policía municipal a topar los autobuses a balazos. Avanzaron otra esquina, Matamoros, y nuevamente otras dos patrullas de policías municipales les dispararon. Ningún policía les indicó que se detuvieran.

Los normalistas de nuevo ingreso se bajaron de los autobuses. El normalista que comanda la acción, uno de los más experimentados en la parte organizacional, también bajó a calmar los ánimos. “¡Tranquilos! No se asusten, son disparos al aire”, recuerda Ayotzi. Continúan los disparos y se dan cuenta del error: los balazos pegaban en los costados de los camiones.

El dirigente estudiantil experimentado había viajado en el tercer autobús. Quiso subirse justo cuando las balas le sorprendieron de nuevo; pero ahora de atrás, de otra patrulla que les seguía; además, la puerta estaba cerrada. Corrió y trepó al primero en dirección a Álvarez.

En la plaza de Las Tres Garantías, la esposa del presidente municipal de Iguala, José Luis Abarca Velázquez, la presidenta del DIF municipal, María de los Ángeles Pineda Villa, dio su segundo informe de labores con olor a campaña electoral. Por toda la ciudad había pendones con su fotografía y nombre: “Presidenta (del DIF, en letras chiquitas) municipal”.

Abarca, dos días después de ese momento dijo que oficialmente no se enteró de balaceras en la ciudad, porque su secretario de Seguridad Pública, Felipe Flores Velázquez, posiblemente tampoco sabía. Él es un empresario joyero avecindado en Iguala desde hace unos 20 años. Hasta 2010, preámbulo de la elección, de él sólo se conocía su plusvalía: en octubre de 2008, abrió la plaza comercial Tamarindos, la única en Iguala.



Los tres autobuses con normalistas avanzan por Álvarez, pretendían salir a Periférico Norte, después libramiento y seguir hasta Chilpancingo. Sólo lo deseaban. Las patrullas de policías municipales salían por las calles adyacentes y también los seguían. Los tres autobuses, como si fuera uno solo, se detienen en la esquina Álvarez y Periférico Norte. Una camioneta, patrulla de Policía Municipal, atravesada, los frenó.

Los normalistas se bajan presurosos de los autobuses. Ayotzi y Aldo Gutiérrez Solano, otro estudiante; trataron de mover a empujones la patrulla. Estaban rodeados. De las patrullas 017, 018, 020, 022, 028, estacionadas al desembocar al periférico por Álvarez, bajaron refuerzos mejor equipados: policías con cascos, coderas, espinilleras y chalecos antibalas.

Aldo seguía empujando la patrulla y una bala le perforó el cráneo. Ayotzi lo vio caer y corrió hacia atrás a buscar ayuda. Al final de la caravana normalista, policías municipales encañonaban a los estudiantes del tercer autobús y los obligaban a bajar con las manos entrelazadas en la nuca. Uno a uno, por la fuerza, formó en el piso del estacionamiento de la tienda Aurrera, sobre calle Álvarez, una hilera de cuerpos boca abajo.

El Chicharrón, como apodaban sus compañeros a Saúl Bruno García –es común que los estudiantes en Ayotzinapa se asiguen apodos y sean conocidos más

por ellos que por sus propios nombres–, es el último de sus compañeros que Ayotzi vio bajar del autobús. Lo recuerda con los brazos alzados sobre la nuca, vestido con sudadera de color negro y rojo. Y a Tlaxcalita, Amilcingo, Tuntún, Chabelo, Pilas, Coreano, Comelón, Cochi, Adán (...) tirados en el piso, sometidos, antes de que los subieran a sus patrullas y se los llevaran. En el ataque de Iguala desaparecieron 43 normalistas rurales que ninguna autoridad acepta tener.

En medio de los autobuses se concentró el mayor número de estudiantes, y a pesar de que los balazos seguían, se organizaron para llamar a la ambulancia que llegó minutos después por Aldo, y lo llevó al hospital general Dr. Jorge Soberón Acevedo, donde sigue muy grave, luchando entre la vida y la muerte. Los policías mantuvieron la balacera a ritmo calmado, sin prisa, al grado de que se daban el tiempo de recoger los casquillos.

“¡Por qué los levantan, cabrones!”, reprochó Ayotzi a los policías. Uno de los uniformados ríe con burla y lo ignora. Uno de los normalistas comenzó a agitarse y hacer ruidos extraños con la nariz y la boca; un problema de asma, pulmón y la adrenalina no lo dejaba respirar. Los policías de patrulla 302 se acercaron a auxiliarlo, lo subieron al vehículo y lo llevaron al hospital; es la única vez que los elementos de la corporación les prestaron auxilio.

El reloj se acercaba a la medianoche y los balazos pararon. Culminaba el primer ataque a los normalistas. Ayotzi, mientras intentó marcar los casquillos de 9 milímetros y AR-15 que quedaron de evidencia, se topó con el Chilango, un estudiante de 19 años llamado Julio César Mondragón Fuentes.

El Chilango acudió a Iguala en una de las dos urvans que, al saber del ataque a la dirigencia estudiantil, salió a brindar auxilio. En ese mismo bloque llegó Julio César Ramírez Nava. Maestros de la CETEG en Iguala también acudieron para ayudar. El secretario general de la normal citó a los reporteros a conferencia de prensa en la esquina Álvarez Periférico, llegaron tres, tomaron casi 10 minutos de declaraciones, la versión del ataque, y comenzó un nuevo ataque a balazos.

Ayotzi escuchó los nuevos balazos igual que un paquete de cohetes que truenan al mismo tiempo. Supo que se trataba de un calibre más grueso. Los normalistas y reporteros buscaron refugio en calle Álvarez.

Julio César Ramírez Nava, de 23 años, originario de Tixtla, al que su mamá se negaba a reconocer, y que por esa resistencia le sepultan hasta el miércoles 1º de octubre del 2014, quedó pegado al portón y dejó un charco de sangre que al día siguiente seguía intacto. Daniel Gallardo Solís, 19 años, de Zihuatanejo, unos metros después.

Después de huir por mucho tiempo, y sin saber dónde estaba, Ayotzi se oculta y ve pasar una camioneta de Protección Civil, en la cabina van hombres vestidos de civil armados con fusiles, en posición de disparar. Supone que venían de Periférico, del mismo lugar donde seguían disparando contra sus compañeros.

El resto del tiempo, de la 1 a 7 de la mañana transcurre en correr de un lado a otro, buscar refugio entre los maestros cetegistas, salir en busca de otro lugar por el miedo y el riesgo de que atacaran a quienes les ayudaron. Amaneciendo, se queda tres horas en la Fiscalía Regional, para apoyar a ministeriales a patrullar las calles para encontrar a sus compañeros.

Lo más difícil fue cuando el dirigente estudiantil de la normal rural, a las 9 de la mañana, le muestra una fotografía de un cadáver que encontraron esa madrugada, cerca de periférico, lugar de la balacera, sin la piel del rostro y los ojos. Ayotzi lo reconoció por la playera color rojo y la bufanda de estambre color café sobre el cuello que utilizaba para tapase la cara durante las actividades. Reconoció a El Chilango. Y se encargó de decirles a los peritos en el SEMEFO que era él, y de escucharles que la valoración del cadáver indicaba que aun cuando les sacaron los ojos, vivía.

“Es algo horrible ver algo así, de quien todavía viste vivo”. Ayotzi llora y termina la narración.

1 Sintetizado de <http://trincherapoliticaycultura.com/ediciones/766/info-02.html>